Chantal Maillard

La mujer de pie



Galaxia Gutenberg

Chantal Maillard

La mujer de pie

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: septiembre de 2015
Tercera edición (primera en este formato): febrero de 2025

© Chantal Maillard, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal:
ISBN: 978-84-10317-85-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares,
a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Qué es tu amada, qué es tu hijo?
Ese flujo perpetuo es cambiante en exceso.
Y tú mismo, ¿a quién perteneces?, ¿de dónde vienes?
¡Piensa en lo que es real, hermano!

Mohamugdara (*El martillo de la ignorancia*)

LIBRO I

I

Oír en el límite

Ailleurs

En los últimos días de su vida, en el hospital, mi madre mantuvo las manos fuertemente cerradas, apresando en ellas trocitos de los pañuelos de celulosa con los que se limpiaba los labios del líquido verde que vomitaba constantemente. Había entrado en coma cuando, con dificultad, abrí su mano izquierda, quité los trocitos de papel e introduje mis dedos en su lugar. La mano volvió a cerrarse, ahora sobre mis dedos. Los suyos estaban gélidos. Cuando el corazón golpeó por última vez, todo su cuerpo se tensó y sus dedos se aferraron a los míos con tal fuerza que el frío se me coló por dentro.

La radio, sobre la mesilla de noche, estaba encendida y retransmitía el concierto para arpa y oboe de Mozart. –Cuando muera, me gustaría escuchar este concierto –me había dicho ella, años atrás, mientras lo escuchábamos. Subí el volumen todo lo que el aparato permitía.

Juro que es cierto que lloró después de muerta. Habían pasado quince o veinte minutos después del paro cardíaco. Juro que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

*

La palabra con la que definimos a una persona no es sólo una palabra, sino a la vez el centro y el punto de fuga de un

haz de relaciones. Mi abuela era también la madre de mi madre pero, a pesar de ser ambas la misma persona, la historia de mi abuela es una y la de la madre de mi madre, otra. Aparte de esas dos historias, existe una tercera: la de la esposa de mi abuelo. Y también una cuarta: la de la hija de mi bisabuela (de ésta apenas conozco algunos breves episodios). Y, evidentemente, existen otras historias más aunque, sin lugar a dudas, la que más me interesa, por serme la más próxima, es la de mi abuela.

*

Cuando, tres años después, mi abuela dejó de respirar, abrí sus manos y retiré de ellas, con dificultad, los trocitos de papel que tenía apresados. Ella, que había ido desprendiéndose en vida de todas sus pertenencias, se había aferrado celosamente, en los últimos días, a aquellos preciados pedacitos de celulosa. Este gesto es probablemente lo único en lo que mi madre y ella se parecieron.

*

Mi abuela simplemente se quedó dormida por más tiempo de lo usual. Esta vez ella era Blancanieves y yo tenía que haber hecho de príncipe, pero no supe cómo despertarla. La verdad es que no lo intenté porque entendí que, esta vez, el cuento era otro y que, en éste, puede que estuviesen esperándola esos seres blancos que habían aparecido en su cuarto en diversas ocasiones. A sus noventa y ocho años, mi abuela no confundía sus sueños con aquellas apariciones. Era, según decía, cosa de otra naturaleza. Durante un año o dos aparecieron personajes desconocidos que se paseaban alrededor de su cama sin ocuparse de ella. Al cabo de un tiempo

le resultaron molestas aquellas idas y venidas que no la dejaban dormir tranquila, así que se alegró cuando nos mudamos. No volvieron a visitarla hasta poco antes de su muerte. Pero éstos eran distintos.

–¿Cómo son?, ¿cómo visten? –pregunté un día.

–De blanco.

–Y ¿qué hacen? ¿Te dicen algo?

–No, hablan entre ellos. Van en grupos. Me hacen señas.

–¿Y quieres ir con ellos?

Dudó un momento, pensativa, sopesando. Luego, como condescendiendo:

– Sí.

–Pues ve –le dije.

Y ella recostó la cabeza en la almohada, cerró los ojos, y me pareció ver que cierto alivio le distendía el rostro.

Práctica, sencilla, enemiga del clero como de la riqueza, mi abuela no era dada a vuelos metafísicos. Lo más cerca que había estado de la religión fueron unas señoras bien vestidas que le enseñaban canciones a las niñas pobres. Así que aquellas apariciones no dejaron de sorprenderme, no menos que las frases, pocas y breves que, a partir de entonces, pronunciaría. Porque, en efecto, no se fue de inmediato. –Aún no puedo, aún falta algo, decía. Dieciséis días transcurrieron en los que extraños dolores indefinidos, ilocalizables en su cuerpo, la hacían gemir. Yo anotaba cuidadosamente sus palabras en mi cuaderno.

–Ce n'est pas encore fini. Je croyais que tout était en ordre, mais ce n'est pas fini. Il faut encore travailler sur les enfants. C'est pas fini. [Aún no ha acabado. Creí que ya estaba todo en orden, pero no se ha acabado. Hay que seguir trabajando con los niños. No se ha acabado.]

Tiene una enorme paciencia. Está agotada. La agonía dura demasiado. Pero sigue resistiendo.

–Il paraît que je dois encore souffrir.

Il paraît: una expresión que le había oído utilizar con frecuencia y que puede traducirse por «al parecer» o «he oído decir», pero que, en ciertas ocasiones, conlleva un matiz de necesidad: «Es preciso». Oído para ser ejecutado. Oído desde no se sabe dónde, impreciso pero imperativo, contundente. «Al parecer aún tengo que seguir sufriendo». Lo dice con toda naturalidad, como quien acata una tarea. Una más.

Viernes 5 de noviembre
–*Je suis très loin. Loin de chez moi*. [Estoy muy lejos. Lejos de mí.]

Noche del viernes
–*Je ne devrais pas être ici*. [No debería estar aquí.] *Je crois que je dois partir*. [Creo que tengo que irme.]

Sábado 6 de noviembre
–*J'entends chanter*. [Escucho cantar.]
–*Je suis choisie*. [Me han elegido.] *Pour changer aussi*. [Para cambiar también.] *Je suis choisie*. [Me han elegido.] *C'est curieux. C'est curieux tout ce qui se passe*. [Es curioso. Es curioso todo lo que está pasando.]

Palabras pronunciadas con sencillez, la voz ya tenue, sin ningún tipo de énfasis, tan sólo una ligera extrañeza. Testimonio de una realidad que mi razón rechaza, y con buen criterio, pues no le incumbe y es en otro lado, fuera del mí, donde acude y se reconoce.

Palabras para mí que ahora entrego para otros. Porque, *il paraît*, también es necesario. Y las entrego tal cual, sin interpretar, sin traducir a ninguno de los lenguajes que les proporcionarían una explicación que no les pertenece.

Poco a poco, fue entrando en un estado entre el sueño y la vigilia y durante varios días con sus noches siguió gimiendo. Cuando le preguntaba, volvía como de otro sitio y, abriendo los ojos, contestaba:

–*Moi?*... [¿Yo?...] *J'sais pas*. [No sé.]

En algunos momentos, volvía en sí, ese «sí» al que ya también era ajena, y repitía:

–*J'comprends pas, c'est curieux*. [No entiendo nada, es extraño.] *Je n'sais pas, je n'sais rien*. [No sé, no sé nada.]

11 de noviembre

Hace dos días que ha dejado de gemir.

7 a.m.:

–*Je crois que je dois changer de camp*. [Creo que he de cambiar de campo.]

Curiosa palabra, ésta de «campo», en su boca. No pertenece a su vocabulario.

Miércoles 16 de noviembre

Durante toda la noche, y en la mañana siguiente, con voz extrañada y, al principio, como si el ruido la molestase:

–*On casse des portes! On me casse des portes!*

–*Oú, Mamy?*

–*À l'intérieur…* *Oui, à l'intérieur de moi.*

–*Qui?*

–*Je n'sais pas.*

[–¡Están rompiendo puertas! ¡Me están rompiendo las puertas!

–¿Dónde, abuela?

–Dentro… Sí, dentro de mí.

–¿Quiénes?

–No sé.]

Pocas horas más tarde, las puertas habían estallado. Su rostro estaba en calma. Me recuerdo sentada en la cama, al lado de su cuerpo, con el bolígrafo en la mano. Es ésta mi manera de orar, o de poner en el orden de abajo lo que a otro orden pertenece. En otra parte, otro campo. *Ailleurs*.

Ego non sum / Ahaṃkāra

Me ejercité en la egolatría. Lo llamaba interés por el saber.

Al final de mi vida, hago recuento de amaneceres.

Tan poca cosa fueron los sentimientos albergados, las teorías defendidas, los actos realizados, la voluntad que los guiara, tan poca cosa.

Una habitación pequeña, austera. Apenas lo necesario. Tras la ventana, un árbol cuyas ramas se agitan con el viento. Toda la dicha que puedo anhelar en este mundo cabe entre este árbol y mis ojos. Esa paz. Y el rayo de sol que traza un rectángulo de luz sobre el algodón de la cortina.

*

En la mañana yo, pequeña nada que se afana en nombrar el mundo que percibe. En la mañana yo, frente al monte, dice cernícalo y admira el vuelo detenido, la suspensión exacta, el leve temblor del viento en el extremo de las alas y, finalmente, la curva suave que el ave describe en dirección a la copa del pino.

Ha llovido. El cielo está moteado de pájaros. Ridícula estatura, absurda verticalidad del yo que se alza en la lengua y dice mundo y dice pájaro.

La humedad del aire es lo que atribuye a cada cual su peso y su medida. Y todo juicio sobra.

*

Asombrosa, la costumbre que tiene el animal humano de identificarse con todo lo que piensa, dice o hace, añadiéndole un «yo» a cualquiera de sus actos, ya sean de la conciencia o del cuerpo. En la antigua India denominaron *ahaṃkāra* a esta conciencia-sujeto que se adhiere al acto y que probablemente tenga que ver con lo que los neurólogos occidentales llaman «propiocepción»: la conciencia de que el cuerpo «me» pertenece, de que cada uno de sus gestos «me» compete, de que no sólo camino, sino que cuando camino «sé» que soy yo quien camina. Lo sé o más bien lo doy por supuesto; que «yo» realice mis gestos es algo aparentemente implícito en su realización. Una extraña y exquisita esquizofrenia creada por la gramática, este desdoblamiento del acto en la conjugación del verbo. Reforzada, qué duda cabe, por el psicoanálisis, un torpe análisis lingüístico. Pues ¿qué sería de esta ciencia y de muchas de las denominadas «enfermedades mentales» –sin mencionar la moral y el sistema judicial– de no existir un pronombre que permita distinguir el acto de quien actúa?

Es muy poco probable que los animales no humanos piensen «*yo* me alimento» cuando se alimentan o «*yo* me cobijo» cuando se cobijan; no tienen necesidad de ello. La re-flexión del acto marca el origen de la escisión, la pérdida de la armonía. Y si el árbol del conocimiento pertenecía a los dioses, habremos de suponer que éstos no eran tan perfectamente felices como nos cuentan sino, antes bien, perfectamente desgraciados. Quién sabe si la famosa prohibición de Jehová no sería más bien un consejo, una generosa advertencia: Cuidaos de comer del árbol del conocimiento, pues seréis como dioses.

*

Ahaṃkāra: sabia delimitación que el sistema sāṃkhya introdujo entre la mente y la conciencia. La mente (*manas*): el sentido que aúna las percepciones proporcionadas por los otros cinco, y la conciencia (*buddhi*): la capacidad de ver la realidad externa que los sentidos construyen y asistir, además, a esta construcción.

El observador que, retirándose, fuese capaz de situarse convenientemente podría llegar a comprender el funcionamiento del universo. Pero ¿qué yo sería aquel que observase desde una conciencia despojada del yo?

Baste por el momento con aprender a distanciarse de la mente, la agitadora, la habladora incontinente, asistir a las evoluciones del yo, tomar distancia de la voluntad que llama decisiones a las sacudidas del eterno proceso y se las atribuye.

*

Sin embargo, nadie permanece mucho tiempo ante una imagen detenida. Cierto temor al contagio de su fijeza, se diría, que sube por los pies como si fuese el frío de la muerte. La vida es movimiento, decimos. Y para sacudirnos inventamos festejos, ceremonias, juegos en los que el riesgo a perder algo, fortuna, alma o sosiego, nos hace sentir vivos. Todo lo que se mueve nos atrae.

Un insecto ha cruzado el marco de la ventana. Aquel súbito zumbido y la curva veloz que el insecto describe en la habitación vuelven a dirigir mi atención hacia el exterior.

*

Ha de llegar un tiempo en que sobren las palabras, las discusiones se abandonen y donde hubo intransigencia se

instale una calma amable. Vejez, le dicen, a ese estado, cuando la calma es el último deseo y en él todos los demás se disuelven.

Ver levantarse y acostarse el día es para mí, ahora, el más importante de los acontecimientos. Contados son los amaneceres que me quedan: ¿qué podría compensar la pérdida de uno de ellos?

*

Hay que procurar que el mí se duerma para que las cosas encuentren sus pasajes.

El tul

Es pertinente advertir que el yo, ese pronombre que adhiere al verbo y que señala como propios los actos que realizamos, se consolida con la repetición. En su ausencia queda una huella, una creencia. Sin ella nos sentimos desposeídos de «identidad»: vestido de tul que se tiñe del color de las emociones.

El tul es un tejido que se confecciona sin trama, tan sólo mediante el entrecruzamiento de los hilos de la urdimbre. El especial torcido de los hilos permite obtener mallas muy variadas, tan variadas como puedan serlo las modulaciones senti-mentales. La mente tiene sus propios hilos: las cadenas de imágenes que segrega sin cesar. Del tipo de emoción que impregne el hilo dependerá su tono, de igual manera que de los pigmentos que se utilizan en el teñido de la seda dependen la pureza del color y su brillo.

Pero, y esto es lo más importante, por muy variadas que sean, las emociones son como el tul: sin trama. Nada hay bajo el velo, ningún yo. Según la densidad de la urdimbre el tejido dejará entrever la nada a la que viste o la ocultará.

En primera persona

Urge devolver la atención al singular.

Situarse a la intemperie.

Recuperar las cosas singulares que fueron abstraídas en el concepto.

Invertir el trayecto.

Devolver a todos y cada uno de los seres la parte de universo que les fue hurtado.

Dejar de jugar en tableros impersonales.

Hablar en primera persona –el yo, sin embargo, ausente.

*

–Con su biografía, ¿por qué no escribe una novela?

–El imperfecto me cansa.

*

No consintamos ya más el dictado presuntuoso del impersonal científico: en toda teoría está su observador implicado. Entretejida de impresiones, percepciones y vivencias, la escritura da cuenta del mí que se oculta detrás de la teoría y la sostiene con su pálpito. El ensayo ya no puede prescindir de la voz que lo dicta; en ello consiste la veracidad de lo escrito. Así pues, hacer virtud de la apariencia: aparezca el

autor en lo escrito y relativícese así el dictado, para no mentir tanto. Consagremos el cuadrilátero: invitemos a aquel matemático que afirmaba preferir el círculo al cuadrado porque «el círculo miente menos»; confrontémosle con el territorio concreto, las cuatro dimensiones del mandala. Consagremos el cuadrilátero: el lugar dispuesto para la observación, la cuadratura del cielo. No el círculo, cerrado sobre sí, perfecto y mudo, sino el cuadrado, la hectárea de tierra que nos hospeda si logramos ararla.

La brecha / Cosmografía

La escritura poética: una manera de propiciar la descarga que abre la brecha. Importa no confundir una cosa con la otra.

(La brecha: cierta paz que hay en ella.)

*

Moldear las palabras. Vencer la resistencia del óvalo, su inclinación al retroceso. Desenrollar el hilo. Estirarlo. Que la escritura se vuelva dibujo. Liberar el trazo de su significado.

Poema-materia.
Materia lingüística.
Materia-lengua.
Aguafuerte del espíritu.

*

Hilos. Trayectorias. El mundo a imagen de la mente. De la cosmología a la cosmografía. Del discurso al trazo. Escritura que no depende necesariamente del logos. Cosmografía pautada. Musical. Melodía no: resonancia. La música del logos es melódica siempre: dibuja imágenes, paisajes significativos para la comprensión que adviene por reconocimien-

to de lo anterior. La musicalidad cosmográfica es resonancia del trazo, trayectoria. No significa, no remite a nada salvo a sí misma. Es gesto proyectado.

Una cosmografía de este género no se diseña anticipadamente, no se cartografía: no procede por reconocimiento, no va de atrás hacia delante, no busca en lo anterior apoyo. Su trazado es, en todo instante, el (lo) que se está trazando. Así la mente, cuando procede a su antojo.

La mente: hilos. Imágenes. Trayectos. Trayectorias.
Asociativas, analógicas.

El color del hilo varía de acuerdo con el tema.

Los hilos: sucesión de imágenes. Ecos visuales que se multiplican según la intensidad del surco.

Los ecos a veces convergen en las encrucijadas. Y a veces la conciencia (de) alguien percibe su naturaleza de eco. Entonces dice, empleando una fórmula antigua, estar en el lugar que le corresponde o que le está destinado.

*

Oídme, os hablo de cosas muy concretas.

Confieso que me gustó el sonido de las palabras, ese dulzor, y el balbuceo del espíritu –¿espíritu?–, el balbuceo en la cuerda floja de la nada. Sí, fui de aquellos, lo confieso. Porque el ansia de saber era fuerte y el yo se refuerza sabiendo. Y yo quería ser más. Pero sigue siendo nada el yo bajo el decir. Sólo un pronombre que acompaña al verbo y a sus imágenes.

Preferible el mí, menos ampuloso, más humilde.

Os hablo de cosas muy concretas –quién habla es lo de menos.

*

¿Difícil, mi discurso? Hay quienes no conocen otra dimensión que la superficie y confundiendo las voces de fuera con la interior andan errantes, bicéfalos (*díkranoi*), según la expresión que utilizaba Parménides. No hablo para ellos. Ante quien se retira, el mundo de superficie abre a otro, mucho más intenso. Allí es donde moro, y hablo a quienes conocen el umbral.

*

Oídme. Vengo de tierras inhóspitas, parajes que ningún ser humano querría hollar. Para hablar necesito la fuerza que no tengo, de tan quebrada el alma en mutilada carne.

¡Son tantos los obstáculos! Aquel lugar, abajo, sin cerrar; aquel otro, en superficie, demandando siempre su alimento; y aquél, aún tan otro.

Oídme. Soy de aquellas que vagan entre los límites. Quien me escuche sin ansia entenderá. No somos libres de enseñarle a nadie lo que importa.

*

¡Si pudieseis oírme!

Trabajo en lo oscuro.

Apóstrofe

No pueden oírme. Porque todo queda dentro. Como si músculos, tendones, todo aquello que ha de ponerse en movimiento para el habla hubiese quedado paralizado. Tampoco el cuerpo ayuda. Al resto me refiero. Mudo, todo entero. Inhábil. Desde hace días, meses probablemente.

El canto de los pájaros en la ventana, muchas veces. Muchas mañanas, por tanto. Difícil contar lo semejante. Así que todo dentro. Dentro de qué no importa. De la cabeza, es probable. O al menos eso parece. Aunque en los ojos también pudiera ser. Los ojos que se mueven de acuerdo con la imagen. La que en ese momento. Aunque no siempre. A veces quietos. La imagen, no obstante, en movimiento. La intensidad mejora en estos casos. La imagen se tensa entre uno y otro lado de la memoria, la que cuenta lo pasado y la que alienta el futuro, lo que se quiso y lo que se querría, lo que fue y lo que se pretende. Pre-tensión, el futuro. La voluntad dispuesta, siempre.

Últimamente todo se mueve. Como si la solidez fuese cosa de los ojos. El estar quieto de las cosas. Como el canto del mirlo. No hay mirlo. Al menos por lo que a mí respecta. Que haya cosas depende de la duración. Si duran en lo mismo, hay pared; si duran en movimiento, hay mirlo.

*

Demasiado rápido, demasiado lento. Chispas. ¿Imágenes? Sólidas. Chocando entre sí. Como caballos ciegos. Caballos, a veces gatos. Cegados. Enloquecidos. Topando contra el límite. Inútilmente. Pezuñas golpeando la tierra sagrada de la lengua. Buscando el verbo. Porque la estructura no. La estructura está. Dada. Y los significados. Significan.

(Pronto advendrá el cansancio. Aún no. Aún los nervios tensos).

La estructura está, pero faltan palabras. Y eso es lo malo. Que no hay palabras. Al menos no las convenientes. Para sellar los huecos. O no son huecos sino cubículos. Superpuestos. Andamios no. *Échafaudages*. Eso es. A la vez andamios y a la vez cadalsos. Juego de construcción y sepultura o pago por la vida. *Échafaud'âge*.

Cierto que están las palabras antiguas, aquellas que mejor deslizándose, polizones que ocupan los tramos o las gradas. Porque, al cabo, ¿quién oye? ¿Oye el que escribe lo que le dicta la escritura? Es igual. No hay palabras suficientes. Sólo una intención. Voluntad implicada en el gesto. De decir. Luego el impulso, breve. Entonces tal vez sí, antes del punto, antes del dolor en la carne, antes de las montañas, cuando el aire respirándose aún, antes del punto necesario. En ese límite o apóstrofe (el que a la última palabra pusiese quien escribe). Para dejar el sitio y que se continúe. El texto digo. Apóstrofe o signo para palabras que no. En el blanco. Con el último aliento. Como propuesta. Para seguir habiendo, para per-seguir. A través de nada –¿nada?–. Nada, no. No hay. Tan sólo a través. Cuando no esté –¿quién?–, cuando no haya. Quien escriba.

Así que apóstrofe. Para usted. Como guiño. Usted, lector, es quien sigue.

Usted

Usted es alguien que no puede sentarse. De ninguna manera. Cada vez que se sienta un dolor agudo le atraviesa, terebrante, ascendiendo por la médula, del coxis al cerebro.

Usted es alguien que no puede sentarse.

Difícil, imaginar el dolor que no se padece en cuerpo propio. Ejercicio de compasión, sin duda. La compasión: ¿acaso un reflejo orgánico, una resonancia del organismo o la activación de su memoria? ¿O es algo similar a la misericordia cristiana, esa suerte de *benevolencia,* de buena voluntad que sólo puede permitirse el que tiene para con el que no? Nadie padece en cuerpo ajeno. Por eso, insisto: usted *es* ese alguien.

Hoy, usted ha contemplado los vencejos. Volaban trazando círculos sobre los tejados viejos. Hacían un delicioso estruendo de atardecer vibrante. Los vencejos nunca se posan: sus patas son demasiado débiles. Si caen, no pueden volver a elevarse. Comen, duermen y copulan en vuelo. Para anidar se cuelgan de las cornisas o en los salientes de las paredes rocosas. Usted pensó que compartía con ellos algo muy importante.

El aire del norte, aquel viento que trae olor a gramíneas, le acariciaba la piel.